

La última batalla de Perón

Por Daniel Di Giacinti

El espíritu del Mayo francés

En mayo de 1968, un espíritu de rebelión contra los sistemas políticos y las autoridades vigentes se expandió desde Francia hacia el resto del mundo. Lo novedoso de estos sucesos era la unión de los obreros fabriles y empleados públicos con los estudiantes de clase media, que marchaban por primera vez juntos por las calles de París.

Sin embargo, pese a la eclosión política que protagonizaron y que obligó al presidente Charles De Gaulle a disolver la Asamblea Nacional, luego del adelantamiento de las elecciones parlamentarias y de otorgar aumento de sueldos a los trabajadores, todo se calmó y el sistema pudo absorber la crisis. El Mayo francés quedó como el referente romántico de una primavera anarquista, la del “prohibido prohibir”.

En la Argentina, en cambio, el reflejo de esta experiencia encontró una situación muy especial, que la potenció de tal modo, que la transformaría en un evento de características realmente revolucionarias.

Perón había logrado derrotar la maniobra de la democracia proscriptiva llevada adelante por la revolución fusiladora de 1955 con la complicidad de todos los sectores intermedios: sus partidos políticos e instituciones como la Justicia, la Iglesia, las Fuerzas Armadas, etc. Ya habían quedado en el camino los gobiernos dictatoriales de Lonardi y Aramburu-Rojas, y las democracias fraudulentas de Arturo Frondizi, José María Guido y Arturo Illia.

El Líder, desde el exilio, había cercado al enemigo borrándole las apariencias de formalidad democrática y desnudando su patética imagen dictatorial. Si en el año 55 los valientes resistentes peronistas se habían encontrado con la indiferencia y aun la clara oposición de los sectores medios argentinos, los jóvenes de los setenta recibirían la complacencia y el apoyo generalizado de la mayoría de pueblo. La acción política del peronismo había corroído la imagen democrática colonial desarrollada por los libertadores del golpe gorila.

Todo lo que venía del gobierno era rechazado; por lo tanto había que combatir para cambiarlo. Había una gran lucha en la que se mezclaba todo un sector mayoritario de la población [...], por lo tanto, si nosotros éramos golpeados teníamos la simpatía, el apoyo de toda la población. Estábamos todos juntos contra la dictadura. [...] Por lo tanto todo lo que se hiciera para crear un clima, una contrapropuesta contra la postura del gobierno era correcto y todos nos apoyaban desde distintos puntos de vista y sin distinciones partidarias (miembro del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, 1973).

A diferencia del Mayo francés que resolvió su conflicto dentro del sistema político, en la Argentina la unidad entre los jóvenes de clase media burguesa y los trabajadores se concretaría en una acción combativa contra una dictadura que comenzaba a retirarse, derrotada por la política de aislamiento que le generaba Perón. Los doce años transcurridos, de indignidad institucional, produjeron en las nuevas generaciones un rechazo visceral a la formalidad colonial del sistema político que imperaba en el país.

A esta situación se sumaba la falta de acciones tácticas por parte de las dirigencias políticas en el propio Movimiento Nacional. Varias capas dirigenciales habían pasado desde 1955 y no se había podido consolidar una conducción del movimiento que sirviera como referente para estas nuevas generaciones.

Una última maniobra táctica, las tomas fabriles protagonizadas por millones de trabajadores, se había diluido ante la actitud claudicante de una dirigencia gremial encarnada en el llamado vandorismo, que intentó capitalizar ese hecho para poner en marcha un proyecto político alternativo al de Perón.

Ante este panorama, la rebeldía juvenil –en plena efervescencia– encontró un amplio espacio político para actuar, con el apoyo multitudinario de la población, asqueada de doce años de barbarie política y sin referentes nacionales a los que acudir para canalizar sus actitudes contestatarias. Se generó así un ambiente revolucionario que favoreció, en sus más amplias expectativas, el desarrollo de las rebeldías juveniles, que estallaron en grandes manifestaciones populares como el Cordobazo, el Viborazo y el Rosariazo.

Estos jóvenes se vieron repentinamente al frente de una insurrección popular que se derramaba por todo el país sin conducción local, producto de la permanente defección de las dirigencias peronistas que, sin comprender la estrategia de su líder, se desviaban tentándose con objetivos personales alternativos.

El inusitado crecimiento de sus organizaciones y los amplios espacios políticos sobre los que avanzaba pusieron a prueba su falta de experiencia y dieron lugar al crecimiento del peligroso infantilismo político, propio de su inmadurez.

La gran ilusión de Perón

Luego de los sucesos del Cordobazo el país se sumió en una espiral de violencia política inflamada por el surgimiento de numerosos grupos guerrilleros de distintas procedencias ideológicas. Muchos de ellos se proclamaban parte del movimiento peronista y tenían a Perón como su referente máximo. El embajador Rojas Silveyra visitó Puerta de Hierro con el objetivo de lograr una declaración condenatoria de Perón a la violencia planteada por los grupos juveniles. La cínica visión de los profanadores de tumbas y asesinos de trabajadores y estudiantes exigía la condena de la violencia, sin asumirse ellos como la causa fundamental de su origen.

Sin embargo, el jefe justicialista se encerró en un obstinado mutismo. Poco después explicaría su postura: “No he hecho ninguna declaración porque pienso que la violencia del pueblo responde a la violencia del gobierno”. Rojas Silveyra ya no volvería a entrevistarle.

¿Por qué no se pronunciaba Perón? De sus declaraciones se desprende su convicción acerca de la existencia de una situación de ilegitimidad manifiesta que, en buena medida, contribuía a alentar la violencia y empujaba a muchos jóvenes a optar por ese camino. Por lo demás, la guerrilla era un elemento que, objetivamente, servía para acorralar al gobierno: el interés primordial de Perón residía en hacer caer la dictadura –lo había dicho más de una vez– por cualquier medio.

Perón no podía engañarse pensando que toda violencia cedería por el solo advenimiento de un gobierno popular. Por de pronto, no todos los grupos guerrilleros se manifestaban peronistas: el ERP, por ejemplo, de filiación guevarista, afirmaba que Perón constituía “la última alternativa de la burguesía”.

Pero, más allá del camino que tomaran las dirigencias y los grupos de activistas, Perón creía sinceramente que el cambio en las condiciones políticas haría desaparecer la situación engendradora de violencia: los que persistieran en ella se irían aislando, porque, naturalmente, se estrecharían sus bases de reclutamiento. Perón comprendía y justificaba las rebeldías de los jóvenes, sus ansias de cambio y de justicia, su concepción romántica de la revolución, a veces lindante con el

desprecio por la propia vida. Esto último resultaba peligroso porque, insensiblemente, llevaba también a relativizar el valor de la vida ajena. En declaraciones a la revista *Panorama* declaró: “Si yo tuviera cincuenta años menos, no sería incomprensible que anduviera ahora colocando bombas o tomando justicia por propia mano”.

Había –Perón así lo creía– un enorme potencial transformador en esa juventud iconoclasta y disconforme: era preciso canalizarlo, ofrecerle caminos de participación política que no desembocaran en la muerte. Esa sería una tarea –ardua tarea, sin duda– que implicaba no cortar los lazos establecidos y, aun, recrearlos, porque eso significaría arrojar a los jóvenes que atisbaban la violencia como medio revolucionario a un camino sin retorno. En consecuencia, trataría de influenciar a esos jóvenes y sus organizaciones con su prédica, insistiendo en que se integraran como parte de un amplio dispositivo popular, donde todos tenían una función que cumplir, y para que las organizaciones que los representaban se abrieran políticamente. Es decir, que se pusieran al servicio de un plan estratégico donde la fuerza mayor descansara sobre la conciencia popular transformada en una alternativa política, asumiera esta un carácter insurreccional, electoralista o una combinación de ambos.

Con esta política, el Líder enfrentaba la influencia metodológica que tendía a cerrar a las organizaciones armadas sobre sí mismas, para transformarlas en partidos revolucionarios o vanguardias esclarecidas que, indefectiblemente, se irían aislando del campo popular para convertirse en fácil presa de la fuerza de fuego del enemigo. Perón expresó reiteradamente una enorme ilusión sobre esta nueva generación, anunció el trasvasamiento generacional para darle lugar institucionalmente en el movimiento y nombró en puestos clave a sus representantes, como Rodolfo Galimberti y Juan Manuel Abal Medina.

A través de discursos, películas y documentos, Perón realizó un renovado esfuerzo para brindar a esta juventud su visión doctrinaria y metodológica, intentando encauzar el enorme potencial vivificador de esa justificada rebeldía.

De nuevo en la patria

En la primera semana de 1972, Perón publicó una solicitada en los principales diarios de la Argentina en la que anunció al pueblo su regreso, que se concretaría el 17 de noviembre de 1972.

La inminencia de la vuelta del Líder exiliado resultó conmovedora. Poco antes, el 9 de noviembre Galimberti convoca a la juventud a concurrir masivamente a Ezeiza a dar la bienvenida a Perón: “El que tenga piedras que lleve piedras, el que tenga algo más que lleve algo más”, es su consigna.

Perón regresaba para consumir su cerco político y poner en marcha el frente de fuerzas sociales, económicas y políticas que aislaría a la dictadura militar hasta deponerla, accedería al gobierno y pondría en marcha la reconstrucción del país.

Era lógico que sus enemigos intentaran impedirlo. En sus filas había distintas posturas, desde las posiciones dialoguistas que habían comprendido que era hora de retirarse en orden, hasta los que abrigaban todavía la esperanza de eliminar a Perón de cualquier forma.

Perón conocía los riesgos que implicaba su viaje y los peligros que se cernían sobre su vida. Las dirigencias tradicionales del Movimiento (¡cuando no!) se encontraban en pleno proceso de recambio: las filas sindicales todavía estaban digiriendo la enorme claudicación del vanguardismo y el participacionismo de Rogelio Coria, colaboradores de Onganía, y la nueva dirigencia gremial, con José Ignacio Rucci a la cabeza, no tenía todavía un peso decisivo.

En las filas partidarias continuaba el desfile de “Comandos Tácticos” y delegados que caían como fusibles viejos, y las nuevas generaciones aún no habían brindado una estructura de dirigentes representativos ni estables.

Pero, como siempre, Perón contaba con su pueblo, que había resistido heroicamente todas las maniobras de proscripción y represión. Sin dirigentes nacionales que lo representara, el pueblo trabajador se expresaba como una ola de insurrección permanente e inmanejable para los enemigos de la nación.

Además, a los trabajadores y el pueblo en general se sumaba la nueva generación de clase media, que comenzaba a demostrar su coraje y su valor. A ellos apelaría Perón para romper el cerco gorila que sus enemigos emplazarían en Ezeiza, para intentar controlarlo y, algunos de ellos, para intentar asesinarlo, si era posible.

Ante el llamado del Líder, su pueblo se movilizó hacia Ezeiza. Era un día gris y lluvioso. Miles de militantes anónimos se desplegaron en la zona hasta rodear al aeropuerto, sitiado por el Ejército, que, a su vez, había desplegado a miles de soldados, baterías de artillería y tanques militares. A pesar de la gran cantidad de efectivos de seguridad afectados al operativo, se hizo difícil impedir el paso de las columnas de militantes que se acercaban. Ni las armas ni la lluvia alcanzaron para persuadir a la gente. Al cerco militar a Perón, el pueblo respondió con un cerco popular: si algo le pasaba al Líder, la dictadura enfrentaría una reacción inmanejable.

Recién en la madrugada del sábado 18 Perón pudo abandonar Ezeiza –donde debió pernoctar–, para trasladarse a la residencia adquirida por el Movimiento, en la calle Gaspar Campos, de Vicente López. En esos días circularon inciertos rumores acerca de que sectores de las Fuerzas Armadas atentarían allí contra la vida del ex presidente.

Los vuelos rasantes de los aviones navales en las proximidades de la residencia, rodeada de una muchedumbre fervorosa y creciente, trajeron inquietantes recuerdos de un pasado que, por momentos, parecía singularmente próximo. Pero, por la mañana, el sol que comenzó a abrirse paso tras la lluvia y las vocingleras columnas juveniles que se acercaban para saludar a Perón parecieron disipar definitivamente los temores. Sin embargo, el pueblo cercará la casa de Gaspar Campos para garantizar que nada le ocurra al hombre que, tras diecisiete años de ausencia, está de nuevo en su patria y junto a su pueblo.

El triunfo electoral

El país se encaminaba hacia las elecciones generales, en las que el peronismo –por primera vez desde 1955– podría participar con sus propios candidatos. Desde ya, a nadie se le ocultaba que el justicialismo y el frente que encabezaba eran el principal protagonista de esa instancia política. El otro partido con posibilidades electorales, la Unión Cívica Radical (que presentaba la fórmula Ricardo Balbín-Eduardo Gamond), solo podía especular con capitalizar el voto antiperonista en una hipotética segunda vuelta.

El 20 de enero, al exponer el programa del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli) ante un conjunto de dirigentes y candidatos, el candidato presidencial Héctor Cámpora destacó: “Voy a llegar al gobierno en virtud de un mandato que ustedes conocen. No lo he buscado ni querido, pero lo he recibido modestamente y lo cumpliré, con energía, hasta el final, en beneficio de mis compatriotas”.

Al día siguiente, en San Andrés de Giles, ciudad natal de Cámpora, se lanzó la campaña electoral del Frejuli. Rápidamente, el peronismo ganó la calle, relegando prácticamente a los demás partidos al uso de los medios de difusión. La falta de medios económicos cuantiosos fue compensada por el entusiasmo de millares de militantes, que munidos de aerosoles y tachos de cal y económica pintura de ferrite –como en 1946 habían sido la tiza y el carbón– llenaron los muros del país con sus consignas: “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, “Liberación o dependencia”.

Acertadamente –y como era natural–, el peronismo centró su campaña en la oposición al régimen (no a las Fuerzas Armadas sino a la “camarilla militar”, tal y como la había caracterizado Perón), mostrándose respetuoso hacia la oposición política. Como en 1946 el enemigo había sido Braden, ahora lo era Lanusse.

En un principio se había considerado la idea de que Perón viajara a Buenos Aires para el cierre de la campaña. Esta posibilidad fue desechada y, en lugar de ello, Abal Medina –secretario general del Movimiento Nacional Justicialista– se trasladó a Madrid el 1º de marzo. En la capital española conferenció largamente con el General.

Los temas fueron, fundamentalmente, la marcha de la campaña electoral y la reorganización del Movimiento. Este último punto interesaba particularmente a Perón: debía ser anunciada antes del acto eleccionario y puesta en práctica a partir del día siguiente del triunfo en las urnas, el 12 de marzo.

Sus instrucciones consistían en lograr una afiliación masiva y organizar el Movimiento por ramas y territorialmente. De ese modo, se iría concretando el trasvasamiento generacional, en el que Perón venía insistiendo desde tiempo atrás.

Era preciso contar con una organización capaz de “vencer al tiempo” y legalizar los distintos espacios de poder dentro del peronismo. Perón no olvidaba su avanzada edad, y tenía bien presente algunos signos alarmantes en relación con su deteriorada salud: era preciso crear los mecanismos institucionales que pudieran suplir su jefatura.

Por lo demás, uno de los déficits del peronismo había consistido en la carencia de cuadros dirigentes con conciencia revolucionaria. Acaso era el momento de dar cabida a esos jóvenes que habían conquistado su lugar enfrentando abiertamente a la dictadura.

Pocos días más tarde, Perón declaró a un diario español: “La reorganización del Movimiento está funcionando perfectamente, tal como lo conversamos con Abal Medina. [...] De cualquier forma, mis consejos pueden valer todavía. Yo les digo a los muchachos, a Abal Medina: ahora tú mandas y yo te corrijo”.

El 11 de marzo de 1973 los argentinos se pronunciaron, y lo hicieron en forma terminante. Una catarata de votos peronistas sepultó las esperanzas de Lanusse y, cerrado el acto electoral, el pueblo se lanzó a las calles, en horas de la noche, para dar rienda suelta a su esperanzada alegría. En Buenos Aires y en todo el país se vivieron momentos de alborozo colectivo, sin precedentes en los últimos años.

Aunque las cifras oficiales demoraron en darse a conocer, al día siguiente, en un discurso radial, Lanusse afirmó: “Las cifras que se disponen hasta el momento no le adjudican al Frente Justicialista de Liberación la mayoría absoluta, pero su porcentaje es tan aproximado a ello y su diferencia con el segundo partido es tan apreciable, que prácticamente se estima que no sería temerario considerar como fórmula triunfante la que integran los doctores Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima”.

El fracaso del trasvasamiento generacional

Perón asignó a las nuevas generaciones la responsabilidad de transformarse en los protagonistas de su retorno y les confirió amplios espacios de poder. Para ello, debió enfrentar las ambiciones de los sectores que desde la “derecha” del Movimiento pugnaban por espacios propios y cargos en el nuevo gobierno. El Líder había designado en puestos clave a dos jóvenes, Abal Medina y Galimberti. Respaldo la designación de Héctor J. Cámpora como candidato a presidente, resistiendo la postulación de Antonio Cafiero por parte de cierta “ortodoxia” peronista, muy cercana a la partidocracia

tradicional. Había cerrado el paso a la candidatura a gobernador de Manuel de Anchorena, produjo la defenestración de Coria y obligó a las 62 Organizaciones gremiales a aceptar la verticalidad detrás de los mandos tácticos.

La distribución de cargos electivos a los jóvenes peronistas constriñó a los gremialistas a sólo el veinticinco por ciento de los puestos. El remate fue el nombramiento en varias provincias fundamentales de gobernadores afines a las corrientes progresistas del peronismo y la designación de Atilio López, dirigente sindical combativo, como vicegobernador de la álgida provincia de Córdoba.

Pero había mucho más. En una reunión realizada en Roma entre Perón y los dirigentes de la organización Montoneros, el Líder, en reconocimiento al valor y la heroicidad demostrados en la lucha contra la dictadura, ofreció a la Juventud Peronista el honor más grande en el Movimiento Peronista: hacerse cargo del sitial político de Eva Perón, la Fundación Eva Perón. (Algunas versiones agregan a esto el Ministerio de Bienestar Social de la Nación.)

La Fundación, como encargada de atender y dar respuesta a los problemas de injusticia e indignidad social de los sectores que quedaban fuera del sistema legal y sin ninguna protección del Estado era, por su funcionalidad, el lugar más revolucionario del peronismo. Sólo desde una fuerte convicción política podía resolverse esta situación sin caer en la antigua caridad oligárquica. La Fundación era la promotora de un acto de justicia solidaria que restauraba la dignidad de los sectores más abandonados de la comunidad. También significaba un lazo directo y permanente entre Perón y su pueblo.

En esa reunión, Perón planteó, además, la necesidad de lograr la reconversión de las “formaciones especiales” a la vida civil, resaltando que era un proceso que podía presentar algunas dificultades.

Sin embargo, la cúpula montonera, representada por Mario Firmenich, Roberto Perdía y Roberto Quieto, respondería con un grado de soberbia brutal: rechazaron el ofrecimiento y entregaron a Perón una lista con trescientos nombres para que fueran designados en los cargos fundamentales del nuevo gobierno.

El infantilismo de la dirigencia montonera no era nuevo: renovaban la incompreensión política de otros dirigentes del peronismo que, ante los giros coyunturales de Perón, seguían de largo sin comprender el sentido estratégico de su accionar.

Algo similar había pasado en la época de la resistencia con los cuadros políticos que, con enorme valor y coraje, habían logrado los espacios políticos para el primer gran triunfo del peronismo en el exilio: la votación en blanco de las elecciones para constituyentes de 1957. Muchos de estos valientes militantes vieron el apoyo electoral a Frondizi como una especie de claudicación, sin entender que se trataba de una maniobra para quebrar el frente gorila.

Los jóvenes dirigentes de los años setenta habían salido a la superficie política en el momento del asalto final, cuando el Movimiento había logrado, luego de doce años, cercar a la dictadura. Al encontrar a la organización sin conducción táctica por las permanentes claudicaciones de sus dirigentes, se pusieron al frente de una enorme insurrección popular.

Sentirse encabezando a un pueblo en plena rebelión los llevaría a repetir el error de dirigencias anteriores. Como las multitudes de los actos del laborismo habían confundido a Cipriano Reyes o los millones de trabajadores de las tomas fabriles confundieron a Augusto Vandor, también los jóvenes supusieron que los miles de militantes que se movilizaban con ellos en los actos les pertenecían, o que el enemigo se retiraba no como producto de la acción de cerco político luego de años de oposición peronista, sino ante la violencia ejercida por sus propias organizaciones armadas.

Ni la gente les pertenecía ni los espacios políticos donde avanzaban habían sido abiertos por sus acciones. Trágicamente, se darían cuenta de esto mucho después, luego de la muerte de Perón y cuando, según ellos, había llegado el momento ideal para la acción, enfrentado a una feroz dictadura militar. Al mirar hacia atrás, comprobaron que el pueblo había vuelto a su casa a la espera de un nuevo jefe y que los espacios políticos se habían cerrado indefectiblemente. Como consecuencia lógica, fueron derrotados rápidamente por las fuerzas represivas. No sabemos qué decepcionó más a Perón, si el rechazo displicente del honor de dirigir la Fundación Eva Perón, o la audacia de pasarle una “factura” presentándole la lista de los trescientos cargos exigidos, o los documentos internos que estipulaban la fusión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros, donde abiertamente se afirmaba que la conducción del proceso revolucionario pasaba por el Ejército Revolucionario, o sea: ellos. En cualquier caso, la enorme expectativa que había depositado en el trasvasamiento generacional se transformaba, sin duda, en una nueva decepción.

Perón comenzaría entonces a aislar a las cúpulas de las organizaciones armadas, denunciando la infiltración ideológica, e iría ejerciendo, lentamente, una acción disuasiva, creando permanentemente puentes de acercamiento para aquellos que se dispusieran a acatar su liderazgo.

Su muerte impidió que concluyera esta maniobra, aunque llegó a desmembrar a una parte considerable de la estructura juvenil y, fundamentalmente, logró aislar a las organizaciones armadas de la masa peronista.

Estas organizaciones no plantearían un enfrentamiento directo con el Líder para, así, tratar de mantener sus estructuras de superficie la mayor cantidad de tiempo posible, especulando con la desaparición física de Perón. Pero, si se analiza su actividad militar, se constata una coherencia sin fisuras que los llevó a la agresiva actitud de Galimberti en el acto de Ezeiza el 20 de junio de 1973 en el definitivo regreso de Perón, a los asesinatos de Rucci, Coria y el dirigente radical Arturo Mor Roig (el primero, a sólo dos días del triunfo electoral de septiembre, el último, dos semanas después de la muerte de Perón) y, entre muchas otras acciones, el secuestro del cadáver de Aramburu. No por casualidad Montoneros terminó su camino asociado con otras organizaciones armadas, como el ERP.

Lamentablemente, la violenta acción de las organizaciones armadas tuvo su correlato en la respuesta de los grupos de extrema derecha del peronismo, realizada en los mismos términos militaristas que ellos planteaban.

Estos grupúsculos absolutamente intrascendentes desde su importancia política encontraron un campo abierto ante el vacío producido por la crisis dirigencial que provocó la abrupta caída del gobierno de Cámpora y los espacios de poder brindados originalmente a los grupos juveniles. Fueron la fuerza de choque de la reacción de los antiguos grupos de derecha desplazados por el propio Perón, que intentaron rápidamente reconquistar los espacios perdidos. Pudieron, de esa manera y con esa metodología, dar rienda suelta a sus instintos criminales, siempre presentes en su acérrimo macartismo.

Producida la muerte de Perón, encontraron su aliado más poderoso en José López Rega, que incorporó a parte de ellos en su tristemente célebre Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina, antesala de los “grupos de tarea” de la dictadura militar.

Los enemigos de la nación, por supuesto, aprovecharían y atizarían esta lucha para impedir el proceso de pacificación nacional que Perón necesitaba imponer para impulsar la única herramienta política válida en la lucha por la liberación: la autodeterminación popular.

El pacto social: desarmar el espíritu de agresión

Las soluciones parten pues de un mismo punto: la pacificación, sin la cual no se podrá realizar ninguna de ellas. La pacificación tiene un origen que es a la vez su punto de partida: el desarme de la agresión, seguido de un diálogo realizado con la grandeza indispensable para que sea constructivo y calificado con un desprendimiento suficiente como para que las soluciones puedan buscar el bien común.

Juan D. Perón, mensaje a la Juventud, grabación, Madrid, 1971.

Tiempo atrás, desde películas y documentos, el Líder aconsejaba las tácticas de guerrilla urbana como las más adecuadas para luchar contra el enemigo que se retiraba. Al mismo tiempo, vislumbrando la posibilidad del acceso al gobierno a través de un proceso electoral, comenzaba a hablar de la necesidad de la pacificación nacional y a desalentar el espíritu de agresión fomentado entre los argentinos.

Esta aparente contradicción tenía una fundamentación ideológica. Luego de la victoria popular contra la dictadura, había que poner en marcha un proceso de reconstrucción nacional que permitiera, en base a un acuerdo social, desarrollar la democracia social y popular. Ese proceso de autodeterminación comunitaria sólo era posible con una armonía institucional mínima y una pacificación que permitiera sustituir la lucha por el debate político.

Para Perón, el aumento de la conciencia y la solidaridad popular era la herramienta más revolucionaria y el único camino para consolidar la liberación. Por eso, desde el punto de vista de los enemigos de la nación, ese llamado a la pacificación y el debate político comunitario que el Líder proponía era lo más violento y peligroso a sus intereses.

El 30 de mayo de 1973 se suscribió el “Acta del Compromiso Nacional para la Reconstrucción, Liberación Nacional y la Justicia Social” entre la CGT, la CGE y representantes del Estado. Allí se establecieron normas para la redistribución de ingresos y el reordenamiento de la actividad económica.

En agosto se firmó el “Acta de Compromiso del Estado” entre el Poder Ejecutivo Nacional y los gobiernos provinciales, que definió criterios para la asignación presupuestaria y estableció acuerdos para que todos los gobiernos se ajustaran, en común, a los lineamientos del acta de compromiso suscripta entre la CGT, la CGE y el Estado.

Algunos análisis interpretan los acuerdos impulsados por el peronismo como una especie de claudicación, como un congelamiento de la situación de injusticia social. Esta visión entiende el “pacto social” como una fotografía estática, cuando en realidad era una herramienta al servicio de un proceso mayor que lo incluye.

Se trataba de lograr una armonía y estabilidad política que permitiera poner en marcha el verdadero proceso revolucionario, que es la autodeterminación política popular. Sólo a partir de la maduración política comunitaria se lograría el afianzamiento del poder nacional para poder impulsar las mejoras de las condiciones socioeconómicas.

La liberación es un acto de conciencia individual que no se puede imponer, es una revelación lograda en el proceso de maduración política que se da en la comunidad en su conjunto. Garantizar este proceso de debate político es lo que permite la liberación.

Un gobierno de unidad nacional

A los acuerdos de los sectores socioeconómicos, Perón quería sumarle un marco político de estabilidad institucional. Su idea no era un acuerdo entre las fuerzas políticas existentes, que él consideraba ya agotadas; buscaba una nueva realidad partidaria que se transformara en un juego alternativo de esa nueva soberanía popular que soñaba.

Intentaría provocar una acción fundacional con estructuras políticas creadas a partir de un acuerdo básico para reconstruir la nación. Siempre había manifestado que la Comunidad Organizada era el principio y el fin del justicialismo. Su intento de convocar a Balbín a la vicepresidencia de la nación para las elecciones del 23 de setiembre de 1973 ejemplifica esta intención. Actitud que quedaría reforzada en su inútil intento de dejarlo en la presidencia de la nación al sentirse morir, el 30 de junio de 1974.

Para comprometer a la dirigencia política instrumentó la idea del Consejo de Estado, que hizo constar en el anteproyecto de reforma. Anunció su creación el 1° de agosto de 1973 en una reunión con integrantes del Frejuli, e invitaría a constituir el organismo, analizando las atribuciones que debía tener, y anticipando que los líderes de los partidos políticos deberían integrarlo. Todas las grandes decisiones de gobierno eran consultadas con los referentes políticos de la oposición, y especialmente con Ricardo Balbín, jefe de la UCR.

Por distintas razones, ni los dirigentes radicales ni los otros partidos políticos de la oposición comprendieron el llamado. La misma incompreensión del 55 rondaba la situación política nacional de los años setenta. La oligarquía había sido aislada y derrotada en su intento de romper el campo nacional, y Perón volvía al poder tras haber demostrado la inviabilidad de los proyectos coloniales en las distintas alternativas desarrolladas por las democracias proscriptivas del 58 y 63 –las presidencias de Frondizi e Illia– y la aventura dictatorial de los militares corporativistas del 66. Sin embargo, el gran poder que había logrado era el resultado de su enorme prestigio político personal. No había en la dirigencia política argentina una comprensión de los objetivos estratégicos revolucionarios que el Líder planteaba. La propia dirigencia justicialista había sido duramente impugnada por el propio Perón:

“La inmensa mayoría de esa élite me ha defraudado. Tengo en poder mío pruebas terminantes sobre la traición de estas cúpulas que no han estado a la altura de estos tiempos, ni han tenido la abnegación o el desinterés suficientes para jugar sus últimas cartas con decorosa lealtad a las banderas que dicen servir. Me reservo in petro los nombres de esta carroña llena de pequeñas cosas.”

Juan D. Perón, citado en Leopoldo Frenkel y Carlos A. Fernández Pardo, Perón, la unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción, Buenos Aires, Ediciones del Copista, 2004.

Además, esta incompetencia, producto de la incompreensión estratégica, se agravaba con otro elemento: la fiebre sucesoria. El infantilismo político presuponía que la enorme autoridad que Perón expresaba recaería en quien lo sucediera. El propio Líder denunciaría esta situación en su discurso del 1° de mayo de 1974, ante la Asamblea Legislativa:

“A todo eso se suma la fiebre de la sucesión, de los que no comprenden que el único sucesor de Perón será el pueblo argentino que, en último análisis, será quien deba decidir.”

Ante la imposibilidad de Balbín, la elección de Isabel para que lo acompañe en la fórmula presidencial evidenciaba el vacío dirigenal dentro del justicialismo: “Poner a Isabel de vicepresidente –dijo Perón, según el recuerdo de Abal Medina– es como ponerme a mí en los dos cargos, es como no tener vicepresidente”.

Una nueva tragedia comenzaba a dibujarse en el futuro de los argentinos: el enorme vacío ante la ausencia de dirigencias estratégicas que, pese a los esfuerzos de Perón, parecía insoslayable.

El entorno familiar y el ascenso del “Brujo”

La miopía de los grupos juveniles y los dirigentes que Perón había elegido para acompañar la etapa del trasvasamiento generacional (la mayoría de ellos pasarían a formar parte –luego de la muerte de Perón– del Partido Peronista Auténtico), sumada a la incompreensión de los dirigentes de la oposición convocados a constituir un gobierno de unidad nacional, provocó un nuevo aislamiento del Líder, que, sin dirigencias en que apoyarse, en el último tramo de su vida se vio obligado a avanzar en la más absoluta soledad estratégica.

Ese enorme vacío de poder generado a su alrededor fue ocupado por un entorno que se conformó, no por capacidades políticas o méritos históricos, sino por la cercanía familiar al Líder o por lealtades personales.

En ese entorno familiar se encontraba un oscuro personaje, cuya única virtud había sido creer a rajatabla que Perón encarnaba un líder de carácter revolucionario universal y estar convencido de que volvería a la Argentina y accedería al poder.

Una extraña paradoja de la historia determinó que esa aseveración fuera producto, no de una convicción política revolucionaria de una generación de dirigentes que compartía los objetivos estratégicos del Líder, sino de un demente esotérico dedicado al espiritismo como José López Rega.

Detrás de esta “confirmación estelar” que poseía, se esforzó para estar de cualquier forma al lado de Perón, cosa que logró al trabar amistad con Isabel y compartir con ella su vocación espiritista.

Sobre este sirviente y secretario, que hasta hacía las veces de enfermero, comenzaron a operar importantes factores de poder (como la CIA y la masonería) que exacerbaban el anticomunismo enfermizo de López Rega, para provocar el nacimiento de una organización parapolicial que enfrentara a los grupos de izquierda.

A espaldas de Perón, intentó sin éxito operar sobre el general Miguel A. Iñíguez, antiguo peronista y jefe de la Policía Federal, para lanzar una represión “fuera de la ley”. “Él afirmaba –declara Iñíguez– que había llegado la hora de secuestrar y matar a los adversarios. Y también que había que aniquilar a sus familias.”

Al transmitir las demandas de López Rega al propio general Perón, “la respuesta de Perón –enfaticó Iñíguez– fue inflexible en una conferencia celebrada en Vicente López, donde me dijo textualmente: ‘No le dé pelota a ese loco. Usted límitese a aplicar la ley’”.

Ya Perón le había comentado a su amigo Jorge Antonio, en una carta, los problemas que le estaba generando López Rega:

“¡Qué bien que estábamos en Madrid, cuando estábamos tan mal! Es lo que puedo decir de aquí. Yo tengo la obligación de unir a todos los argentinos, pero algunos insensatos no lo entienden y las ambiciones y puñeterías de los apresurados me llenan de amargura. Gelbard anda bien, pero lo tenemos muy controlado; López Rega, enloquecido, me crea toda clase de problemas; así le irá. Usted no venga todavía; de estar aquí, lo jugarán con uno u otro grupo, y usted se debe al país y al movimiento, que lo necesitan.”

Pronto encararía una estrategia para desembarazarse de su secretario. Convocó a Ramón Landajo para suplantarlo, pero la muerte del Líder dejaría trunca esta maniobra.

La violencia política

Perón sabía que la estrategia de los enemigos de la nación era llevar a la Argentina a una guerra civil, por eso dejó en claro cómo se debía enfrentar la violencia política.

La pacificación que propugnaba estaba en relación con la defensa del “orden revolucionario”: era una pacificación al servicio de un proyecto político superior. Su condena a la violencia sectaria y foquista se centraba en considerarla un método contrarrevolucionario, que impediría la participación y el debate popular y, en consecuencia, constituiría un camino erróneo que, objetivamente, favorecería los planes del enemigo. Así lo expresó en su discurso del 1° de mayo de 1974 ante el Congreso de la Nación:

“Nuestra Argentina está pacificada, aunque todavía no vivimos totalmente en paz. Heredamos del pasado un vendaval de conflictos y de enfrentamientos. Hubo y hay todavía sangre entre nosotros; reconocemos esta herencia inmediata a que me he referido, y extraemos de ella la conclusión de su negatividad. Pero no podemos ignorar que el mundo padece de violencia, no como episodio, sino como fenómeno que caracteriza a toda esta época. Que caracteriza, diría, a toda época de cambio revolucionario y de reacomodamientos, en que un período de la historia concluye para abrir paso a otro.”

“...Superaremos también esta violencia, sea cual fuere su origen. Superaremos la subversión. Aislaremos a los violentos y a los inadaptados. Los combatiremos con nuestras fuerzas y los derrotaremos dentro de la Constitución y la Ley. Ninguna victoria que no sea también política es válida en este frente. Y la lograremos. Tenemos no sólo una doctrina y una fe, sino una decisión que nada ni nadie hará que cambie.”

“...Las fuerzas del orden –pero del orden nuevo, del orden revolucionario, del orden del cambio en profundidad– han de imponerse sobre las fuerzas del desorden entre las que se incluyen, por cierto, las del viejo orden de la explotación de las naciones por el imperialismo, y la explotación de los hombres por el imperialismo, y la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos y debieran comportarse como tales.”

Tras la muerte de Perón, el enfrentamiento contra los violentos perdió su legitimidad política y se transformó en un instrumento al servicio de los enemigos de la nación.

Aprovechando el vacío dirigencial en el campo nacional y alentado por la soberbia y el infantilismo de los dirigentes guerrilleros, la lucha contra la subversión se transformó en una excusa para la toma del poder por parte de los dictadores del 76, que descargaron sobre el movimiento nacional una cruel y aberrante represión.

Un ánimo de venganza criminal se derramó por todo el país. La oligarquía no perdonó la afrenta y humillación que había significado el triunfo popular y el retorno de Perón a su patria.

El Consejo para el Proyecto Nacional

La revolución en paz propugnada por el Líder proponía un nuevo concepto de “soberanía política”, que descansaba sobre un proceso de autodeterminación popular en el que el Estado abriría la participación sobre las decisiones ejecutivas a amplios sectores de la comunidad.

Esta visión se basaba en la convicción de que la única forma de resolver los problemas de injusticia social provocados por el individualismo egoísta del capitalismo era mediante el aumento de la conciencia política de la comunidad.

Según esta visión, la injusticia social no se resolvería a través de la redistribución de una economía colonial, sino con el crecimiento de una economía independiente, que en su desarrollo contemplara una redistribución más justa. Por lo tanto,

no podría lograrse la justicia social sin la independencia económica, pero esta, a su vez, estaba condicionada por un proceso de soberanía política que contemplara el papel del hombre nuevo que debía sostenerla.

Este “hombre nuevo” debía romper los moldes de participación política del demoliberalismo y desarrollar una acción conjunta con el Estado, lo que implicaba una discusión sobre políticas nacionales para comenzar a elaborar un proceso de participación comunitaria que desarrollara el espíritu solidario y su consecuencia: la Unidad Nacional.

El proceso debía comprometer a todos los sectores representativos de la comunidad, sus partidos políticos, las organizaciones intermedias y el pueblo, a través de nuevas formas de participación.

En su primer gobierno, cumplida la primera etapa de “dignificación popular” que significó el Primer Plan Quinquenal, Perón intentó construir sobre ese hombre dignificado una Argentina donde la participación ciudadana pudiera madurar solidariamente, rompiendo los esquemas de representación política individualista del demoliberalismo burgués, que la ataban a un colonialismo cultural de dependencia.

Para lograrlo, interpretó primero el alma de su pueblo y propuso la base doctrinaria que serviría de plataforma básica para que ese proceso de discusión colectiva no se hundiera en miles de contradicciones divergentes, provocadas por los intereses sectoriales que lógicamente conviven en una nación moderna.

Junto con Eva Perón, luchó denodadamente para que esos preceptos ideológicos, ese “deber ser” que significa una doctrina política, fuera incorporada en el corazón de su pueblo. Sobre la base firme de las tres banderas revolucionarias del peronismo, el Líder puso en marcha un proceso de creatividad que permitiera, progresivamente, definir el modelo de país que el pueblo argentino deseaba.

En 1952, con el lanzamiento de las Organizaciones Libres del Pueblo, el proceso comenzó a ponerse en marcha, pero quedó detenido ante el fracaso de las dirigencias de incorporar a nuevos sectores sociales a la revolución. Este fracaso obligó a esa nueva dinámica política a buscar nuevas formulaciones.

En una exposición esquemática de la organización a lograr, el modelo anterior había justificado su desarrollo y funcionamiento a partir de los objetivos ideológicos y filosóficos de la Comunidad Organizada. Los tiempos históricos impidieron que la comunidad pudiera comprender el sentido de la propuesta; sus propias dirigencias sólo atinaron a elaborar sus requerimientos, derivando en la conformación de una pesada burocracia. Por otro lado, la incomprensión de la oposición terminó corporizándose en un odio irracional.

Ya en los años setenta, Perón intentó poner en marcha el proceso revolucionario de otra forma. Para ello utilizó un hecho coyuntural y, con la excusa de articular una política para resolverlo, convocó al pueblo a una participación por medio de la cual intentaría corporizar sus nuevos principios de soberanía política. En efecto, la necesidad de una reforma constitucional le brindaría esa oportunidad.

Una vez en la presidencia, desde octubre de 1973, designó a Vicente Solano Lima como secretario general, secundado por Francisco J. Figuerola, quien, a su vez, formó un equipo interdisciplinario que integraron Alfredo Carella –como jefe del gabinete de asesores–, Francisco García Laval, Ileana Belatti, Juan M. Palacio, Miguel A. Gutiérrez, Rodolfo Mendoza, Juan Chamero, Jorge Sulé, Jorge Abazyán y Guillermo Piuma.

Esta secretaría debía constituirse en una especie de estado mayor político para estudiar a la brevedad los términos de una nueva reforma constitucional, ya que la vigente contenía disposiciones absurdas impuestas por la dictadura de Lanusse. Perón manifestó al equipo de trabajo: “No debe ser una Constitución hecha solamente por los abogados. Ni tampoco

impuesta desde arriba, desde el gobierno. Debemos lograr una Constitución en cuya elaboración hayan participado todos los sectores del país”.

La Secretaría General de la Presidencia, junto con los ministerios de Interior y de Justicia, estableció los mecanismos y cronogramas de la reforma. Perón necesitaba movilizar al conjunto del sistema político y activar el debate nacional sobre el tema. Luego de la participación de todos los sectores, estarían dadas las condiciones para realizar la Convención Constituyente.

Este programa de acción fue lanzado por el Presidente en la mañana del 1° de mayo de 1974, cuando se dirigió a ambas Cámaras del Congreso para dejar inaugurado el nuevo período parlamentario.

El Modelo Argentino

En la misma línea de acción de la reforma constitucional y el Consejo para el Proyecto Nacional, el 31 de mayo, el gabinete nacional conoció el texto “El Modelo Argentino”.

El coronel Vicente Damasco anunció a los periodistas acreditados en la Casa de Gobierno: “*El Modelo Argentino* es un documento que busca la coincidencia total del país para desarrollar las actividades nacionales dentro de un ámbito de paz, de cordialidad y de armonía”.

En esta nueva y última actualización doctrinaria, Perón reiteraba la necesidad de poner en marcha un proceso de debate político que delinea un modelo de comunidad que enfrentara al colonialismo político y permitiera la liberación de la Nación.

La misma no se lograría al cumplir un objetivo predeterminado por una ideología previa, sino que sería la consecuencia de la búsqueda de esa identidad perdida como Nación. En el camino de la creatividad política de un pueblo se romperían los marcos de contención del individualismo capitalista, permitiendo, a través del debate y la búsqueda de las soluciones, el incremento de la solidaridad social.

Esta consolidación solidaria del pueblo sostendría y profundizaría la estabilidad política y los espacios macroeconómicos, que permitirían profundizar una economía independiente, al servicio de una sociedad más justa.

El último contacto con su pueblo

Sin embargo, nuevamente, como en 1952, sus propuestas, aunque fueron atentamente escuchadas, resultaron absolutamente ignoradas.

Ni las dirigencias de los años cincuenta como tampoco la emergente en los setenta estaban a la altura del pensamiento político de este anciano líder que los convocaba para una revolución profunda y trascendente.

Perón se sentía cansado, física y espiritualmente. La situación económica se complicaba, los enfrentamientos crecían y el pacto social amenazaba con estallar, saboteado desde diversos sectores. Como en otras oportunidades, estaba solo frente a las grandes decisiones; solo frente a su pueblo, la fuente de su poder y su heredero.

En la mañana del 12 de junio apela, una vez más, como en todos los días heroicos de la historia del peronismo, a esa última reserva. Dirige un mensaje radial al país, convocando a cerrar filas en defensa del gobierno popular. Señala con severidad a quienes apuestan a su fracaso:

“Cuando el 21 de junio del año pasado dije que volvía para servir lealmente a la patria, tal como lo hiciera toda mi vida, sabía claramente que enfrentábamos un proceso difícil y peligroso, pero también era consciente, entonces, como lo soy ahora, de que no podía rehuir mi responsabilidad frente al pueblo, que es la única fuerza en la que siempre he confiado para orientar y conducir los destinos del país [...].”

Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación y no para consolidar la dependencia. Yo vine al país para brindarle seguridad a nuestros conciudadanos y lanzar una revolución en paz y armonía, y no para permitir que vivan temerosos quienes están empeñados en la tarea de edificar nuestro destino común. Yo vine para ayudar a reconstruir al hombre argentino, destruido por largos años de sometimiento político, económico y social.”

Una vez más el pueblo se volcaría a la Plaza de Mayo para brindarle la respuesta que el Líder buscaba. Ese pueblo de las grandes gestas de la historia del peronismo, ese pueblo que no sabía de ambiciones ni herencias, le brindaría la despedida que él necesitaba. Aquel último encuentro se cerró con una frase memorable: “Llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino”.

Juan Domingo Perón falleció pocas semanas después. A pesar de la soledad estratégica a la que lo condenó el tiempo histórico que le tocó vivir, pudo dejar sistematizados en sus obras y propuestas el camino para la liberación de la patria. Propuestas que reafirmó con la vivencia histórica de un camino de lucha anticolonialista, que recorrió junto a la fe inquebrantable de sus trabajadores durante más de treinta años.

Pese a la diatriba, la persecución ideológica, la represión y el odio de sus enemigos, y pese a la incompreensión de las dirigencias del país, -las propias y las ajenas-, pudo regresar y morir en su tierra, rodeado del cariño y el amor de su pueblo. Dejó una nación adoctrinada, con las banderas fundamentales del peronismo incorporadas, no como consignas políticas partidarias, sino como valores culturales permanentes de su pueblo.

Muchos años después de su muerte, con el advenimiento de una democracia colonial, esta realidad obligaría a todos los dirigentes políticos a adoptar un discurso que respetara estas verdades fundamentales. Era evidente que los postulados del justicialismo se habían transformado en los de todo el pueblo argentino.

El Hombre Nuevo que anunció se iría afirmando con el correr de los años ante la explosión de los medios de comunicación de masas, que multiplicaron su capacidad informativa geoméricamente, sumando a ello la extraordinaria revolución cultural de Internet, con su interconectividad planetaria instantánea. Hoy es absolutamente natural ver la participación popular en decisiones políticas que van desde la formulación de alternativas económicas hasta el abordaje de cuestiones de política exterior, o los proyectos de reformas constitucionales nacionales o provinciales.

Hoy, los pueblos naturalmente van superando las formas de participación política, acentuando el agotamiento de las estructuras participativas demoliberales. El sentido orgánico institucional para la participación comunitaria, que estaba ausente durante los inicios del peronismo, no es en el presente sólo una evidencia, sino que presiona sobre las derruidas estructuras del demoliberalismo. La democracia burguesa no sabe cómo enfrentar la enorme ansia participativa de los pueblos. Al no encontrar un cauce ordenado a sus nuevas potencialidades, los pueblos expresan su impotencia con un repudio sobre las corroídas dirigencias partidocráticas del liberalismo, que se hunden en un descrédito generalizado.

El extraordinario crecimiento de las redes sociales de Internet demuestra la necesidad del hombre de verse reflejado en algún ámbito orgánico institucional donde pueda sentirse expresado, más allá del papel consumista al que lo condena el Estado fáustico demoliberal. A las acciones de participación masiva, como plebiscitos y referéndums, se han sumado las herramientas de medición de opinión, que permiten evaluar los consensos comunitarios.

Hay un ambiente revolucionario que se expresa en una incertidumbre generalizada respecto del futuro, que, en sí mismo, demuestra el agotamiento de la perversión individualista que ha lanzado al hombre contra el hombre y a las naciones unas contra otras, en un camino sin razón ni esperanza.

El pueblo argentino sigue esperando que se pongan en marcha las herramientas de participación popular que disparen el debate y permitan al país romper con el colonialismo cultural que todavía nos somete.

La oligarquía nativa y sus personeros condenaron a la Argentina, uno de los países potencialmente más ricos de la Tierra, a tener bolsones de pobreza similares a los países más subdesarrollados del África. Una vergüenza que aún hoy no encuentra siquiera una mirada autocrítica de los que condenaron a las principales instituciones del país a una indignidad peor que la de la Década Infame.

En el presente, la última resaca de ese movimiento perverso, los dictadores de la última Junta Militar y sus secuaces, pagan sus crímenes en la justicia. Pero es importante comprender que ellos son el último eslabón de una infamante historia que se sustenta en el odio irracional y anticristiano sobre el movimiento popular de masas más importante y revolucionario de Hispanoamérica: el peronismo.

El país sufrió una catástrofe institucional que involucró a las dirigencias de los partidos políticos (incluido el justicialismo), el Ejército, la Iglesia, las universidades, la Justicia, y sólo la revisión autocrítica de ese proceso podrá reactivar un movimiento político que regenere la dignidad perdida. Las dirigencias parecen no comprender que la correcta administración de un país colonial, organizado desde una participación política demoliberal, nos conduce al sometimiento y el subdesarrollo.

Debemos reconstruir una nación que ha sido devastada por la oligarquía, como venganza por la epopeya heroica del pueblo trabajador y sus líderes fundacionales de intentar construir una nación justa, libre y soberana.

Esa restauración necesita una herramienta de construcción de poder político que sólo puede alcanzar su potencialidad mediante la elaboración de un nuevo modelo de país. Es necesario que el pueblo rompa con las formas de participación política del liberalismo y se lance a un debate profundo sobre el futuro que quiere y pretende como nación.

Es en ese camino revolucionario en donde comenzará a redescubrirse nuevamente el destino trazado por Juan Perón. Es responsabilidad del pueblo exigir su participación en la medida del hombre nuevo que la dignificación justicialista creó.

Es responsabilidad de los dirigentes convocar a la participación del pueblo y brindarle las herramientas para poner en marcha el proceso de autodeterminación política comunitaria.

La **democracia popular** que queremos construir debe ser congruente con las potencialidades actuales de participación. Si queremos que el Estado tenga la autoridad necesaria para generar un poder revolucionario que nos libere, debe democratizar la toma de decisiones políticas, para que sean realizadas por el conjunto de la comunidad y no sólo por sus dirigentes.

Será en esa búsqueda que el pueblo y el Movimiento Nacional podrán reactualizar las herramientas que el Líder dejó como herencia, para articular la nueva democracia social que permitirá nuestra liberación definitiva.

Porque Perón estaba convencido de que hay un fatalismo histórico en el futuro de la Argentina. Un destino marcado por la inquebrantable voluntad de su pueblo y su historia, escrita con el deseo, la voluntad y la heroicidad de nuestros mártires, que nos alumbran el camino.

“La Argentina debe retomar su papel histórico en el mundo y en la América del Sur. Un papel que ha abandonado hace muchos años. Un papel que fue abandonado por la oligarquía en su ceguera.

Es nuestra razón de ser. Tendremos que volver a él.

Estamos allí. En el sur de las Américas.

Cuidando nuestro puesto. Como un centinela.

Para eso se creó, se formó y se hizo nuestro país.

Por algo fue.

Algún día el mundo mirará hacia allí en busca de una esperanza, cuando todo parezca derrumbarse.

Ese día, que no está lejano, será el día de la Argentina.

De la Argentina íntegra y total. De la Argentina del pueblo trabajador.

De la Argentina subyacente, que será la única que subsistirá.

Porque es la verdadera. La nuestra.

Nuestra querida Argentina.”

*Eugenio Rom, Así hablaba Juan Perón,
Buenos Aires, Peña Lillo, 1980.*